

LOS OBJETOS COMO MOLDES DE LA MEMORIA*

*Iván Illich***

Tendemos a actuar como si el pasado fuere el pasado. Como si mi regreso a Puerto Rico hoy, guardase algo más que una levísima similaridad con tantas otras veces que recuerdo haber aterrizado en Isla Grande o Isla Verde desde la primera vez que llegué, ya muy entrada una noche de 1951. Tendemos a olvidar hasta que grado nos conforman y reconforman, no sólo la gente, sino las cosas entre las que vivimos. Quisiera ir a la raíz del poder de las cosas para dar forma al modo en que recordamos el pasado.

Todos tenemos el poder de evocar lo que ha pasado. Cada uno comparte con su propia generación la facultad de re-crear el pasado. La vida bajo la sombra del pasado es lo que nos hace humanos. No obstante, la gente se distingue en varias formas a causa de los diferentes pasados que cada quien tiene.

Cada uno de nosotros puede recordar su propio pasado. Pero conforme envejezco aprecio más las discrepancias entre lo que es únicamente mío en el pasado y aquello que otros pueden compartir conmigo. El pasado que aparece en este intersticio es aquel pasado que puede ser una sorpresa

*Una comparación de la gente del libro y la gente de la pantalla. Presentación de Iván Illich en honor de Belen Barbosa en la Universidad de Puerto Rico, en Río Piedras, 29 de junio, 1990.

**Traducción de José María Sbert.

para mí. Pues, aunque hemos crecido juntos, y más tarde evocamos el mismo momento que vivimos juntos, mi substancia que es recordada con frecuencia no es la tuya. Y, más allá, los acordes que el pasado toca cuando viene a mí podrían desarmonizar con aquellos que toca en tu corazón. Sólo después de años me di cuenta repentinamente de que cuando las campanas tañían para la boda, para tí significaban muerte. Esta es una de las razones por las que me gusta recordar junto con otros: aquella andrajosa noche, cuyo recuerdo me estremecía, se ha vestido de fiesta desde que tú me hablaste de ella.

Cuando se invoca al pasado siempre viene vestido diferente. Y cada vez que pasa deja algo nuevo detrás: deposita una capa recién hilada en el capullo de mis recuerdos. Siempre que tomo una copa de Borgoña vuelve aquella memorable tarde con mi hermano, pero con un nuevo color.

Esta diversidad de un mismo pasado es tan fascinante y aventurera que casi podría hacernos insensibles a otra diferencia, aún más profunda, entre pasado y pasado. El pasado vuelve en formas de “pretereidad” bastante bien diferenciadas, de acuerdo con la época histórica a la cual es llamado. “Las nieves de antaño” se refieren a un pasado que es incomparable a aquel de “El viejo reloj de la escalera”.

He llegado a conocer por experiencia varias de estas formas de “pretereidad”. Cuando entro a una Iglesia —sea griega o latina— sé que estoy en un templo erigido sobre una tumba vacía: la ausencia del santo durante la liturgia es de una especie diferente que la ausencia de Carlomagno, mientras hablo sobre él con un historiador.

Gracias a mi formación tengo un sentido espontáneo, aunque leve, de la diferencia entre la recordación liturgia y la académica. Y he vivido suficiente tiempo en un pueblo mexicano como para sentir volver a los recién muertos, el 2 de noviembre, caminando a lo largo de las líneas de pétalos de flores que les muestran el camino desde la tumba hasta su anterior casa. A pesar de que se me pone la carne de gallina, sé que no vienen a estar conmigo.

Otras formas de “pretereidad” están totalmente fuera del rango de mis sentimientos. Sólo las conozco de oídas. Mi cuerpo es insensible a las cuerdas que parecen tocar en otros. Me puedo referir, conceptualmente, a

la experiencia que corresponde a la re-presentación de los ancestros africanos, o al retorno mítico de los dioses mexicanos. Pero el mundo en el que nací y en el que fui formado ha borrado de la realidad el ambiente en el cual esos eventos pueden tener lugar. Y cuanto más reflexiono sobre informes históricos acerca del recuerdo, mejor veo que hay un abismo que separa el pasado ahora y entonces.

La cultura como Mnemosine

El presente es el molde del pasado. Lo que Boas llamaba una cultura, yo, siguiendo el consejo de Aby Warburg, lo podría muy bien llamar Mnemosine. ¿Qué otra cosa es la cultura sino el marco dentro del cual las sombras regresan y son encarnadas? Entendidos así, los símbolos y las costumbres, los rituales y los artefactos de una cultura pueden ser imaginados como un cuerpo que resuena cuando el pasado emerge. Como las pautas de ondas que se forman en un estanque cuando es tocado por la brisa, la cultura como Mnemosine es afectada como un todo por los vientos de su propio más allá. Pero tal y como las ondas a través del agua comienzan a murmurar y esparcirse en rocío cuando chocan con los riscos o las playas, del mismo modo hay dentro de cada cultura costas contra las que rompe la memoria.

Distintas épocas han usado diferentes dispositivos para conjurar lo que ha sido: los griegos usaron la lira, los aztecas la flauta y los bosquimanos el tambor, para hacer que el cuerpo entero de Mnemosine resonase a los ritmos del pasado. Abalorios y nudos, pinturas y caminos trazados a través de montañas y desiertos, han sido llamados a servicio para iniciar en el pasado. Los francos usaban muescas en un palo para cortar el número exacto de palabras mágicas necesarias para el juramento. Los bardos tenían sus propias técnicas, inútiles para el alfabetizado. Los yoruba usaban máscaras en sus danzas, y los cristianos asambleas sobre una tumba vacía.

La escritura como un puente

Algunas sociedades adoptaron la escritura como vía privilegiada hacia el pasado. Pero la escritura no es sólo una pauta sobre la cual pueden proyectarse las sombras; es también un puente que salta el precipicio hasta el más allá, para recoger mensajes que nos han dejado.¹ O es como una embarcación que lleva memorias que fueron registradas por los nuestros. Pero la escritura no es el principal material de los recuerdos culturales, incluso en la mayoría de aquellas sociedades en donde juega un lugar prominente.

También en este aspecto se puede argüir que la actual sociedad post-máquina de escribir es una gran excepción. Muchos conciben y perciben sus recuerdos, despiertos o dormidos, como “textos” sueltos, flotantes.

Los escritos del pasado pueden ser estudiados con diferentes intenciones. Para el arqueólogo el escrito en sí mismo es un objeto que sobrevive del pasado. Para el historiador, el escrito es un vehículo que le permite recobrar los eventos o percepciones que el documento estaba destinado a registrar. Para el estudiante de la preteridad misma el escrito tiene una función más específica. Para él, el escrito es un objeto privilegiado que le permite explorar dos cosas: el mundo de evocación usado en una determinada época, y también la imagen sostenida por esa época acerca de la naturaleza de la memoria y por tanto del pasado.

En la presente ocasión quiero indagar sobre un aspecto muy especial de la escritura y preguntarme lo que puede decirse acerca de la percepción que una época tenía de lo pasado. Quiero limitarme al dibujo de una superficie mediante el uso de letras, y al efecto que este dibujo tiene en la concepción de “memoria” de esa época.

Mi tema es la impaginación como molde de la memoria. En otras palabras, quiero examinar el poder de la pauta de configuración de la página de significar el modo de evocación, más bien que el sujeto que es evocado a través del contenido del escrito. En cualquier molde puedo distinguir

¹ Puente, actividad pontificia.

dos cosas: puedo preguntar si la moneda será moldeada en forma redonda u oval, grande o pequeña, plana o convexa, y puedo preguntar a quién representará, si a Pipino o a Carlomagno. Aquí deseo enfocar la página en el primer sentido.

Estoy convencido de que en diferentes épocas la disposición de la escritura sobre la página ha moldeado el concepto de aquello en lo que consiste la memoria. No puedo probar esto aquí; sólo puedo hacerlo plausible examinando un ejemplo muy especial, esto es, aquella superficie para escribir que tomó la forma de una página de libro. Creo que durante el siglo XII la página cambió su función como molde, que una serie de cambios técnicos, que afectaban todos a la forma de distribución de las letras que en ese momento existía, hizo de la página de manuscrito, un instrumento que transformó la noción de la memoria. Aunque sutiles, estos cambios tuvieron un poderoso efecto social. Y ocurrieron trescientos años antes de que los tipos móviles entraran en uso. Fundamentaron un nuevo sistema de axiomas para lo obvio sin el cual Gutenberg y Lutero, Leibnitz y Descartes, la *New York Review of Books* y Penguin, nunca podrían haber llegado a ser lo que son.

El fin del viejo pasado en el siglo XII

Organizaré mi discurso en torno a los escritos de un autor del siglo XII, Hugo de San Victor. Era un monje agustino nacido en Flandes alrededor del año 1100 y criado en Turingia. Vino a París en la época en la que Abelardo empezaba sus lecciones sobre el método y los arcos góticos de Saint Denis eran construidos, cuando Pedro el Venerable trajo el Corán desde Toledo para traducirlo y los primeros trovadores componían canciones vernáculas. Murió cuando encabezaba la Escuela de San Victor. Hugo dejó una vasta obra y tres de sus libros son particularmente apropiados para mostrar el libro histórico que cambia a través de su relación con la página. Haré comentarios sobre la percepción de la memoria en esos tres libros.

El primero es el *Didascalicon*, subtulado *de arte legendi*. Es el primer libro que hace del “arte de leer” el tema de un tratado. El contenido explícito del libro ha sido examinado con frecuencia. Yo lo he leído escuchando a lo que Hugo implica en respuesta a mis dos preguntas: ¿qué hacía cuando leía? y ¿qué imaginaba que hacía? ¿Cuál era la actividad precisa de sus manos, boca, lengua, ojos y oídos cuando leía? y ¿cuál era el significado que daba a las líneas, palabras, pergamino, tinta y lo que estuviese allí, frente a él, sobre la página? Leí el *Didascalicon* para indagar sobre el leer de Hugo, más que sobre sus enseñanzas en las siete artes. Lo hice así para volverme sensible a la etología del aprendizaje en su tiempo.

Cuando leo a Hugo me siento invitado a realizar un peregrinaje a través de las páginas. Deambulo con él por la enredada viña en la que las palabras cuelgan como uvas que puedo recoger y que me incitan a absorber la sabrosa dulzura de la sabiduría. La lectura se me presenta como una actividad cinética, como la degustación, como una declamación que tendrá significado sólo si pongo atento el oído. Desde luego, los ojos tienen su papel. Pero no es el papel que atribuyo a los ojos cuando leo hoy día. Hugo imagina sus ojos con una doble función: como una fuente de iluminación, ya que su luz hace que las palabras en la página relumbren; y como ventanas que dejan pasar la luz que brilla a través de las páginas.

El segundo libro de Hugo que deseo examinar es muy corto. Hoy día podríamos llamarlo un manual de clase. Se titula *De tribus maximis circumstantis* y es un manual para novicios pre-adolescentes que necesitan instrucción elemental en el arte de la memorización rutinaria. Sorprendentemente su texto permaneció sin conocerse por muchos siglos, y la primera edición impresa es de 1932. Aunque este panfleto es pequeñísimo, es de gran originalidad.

Desde la antigüedad grecorromana, una de las primeras cosas que un estudiante tenía que aprender era el arte de memorizar. Hasta el comienzo del siglo XX, la memorización siguió siendo una de las habilidades básicas que un estudiante de humanidades tenía que cultivar. Sólo durante las últimas décadas ha pasado de moda. En la antigüedad, el estudiante usualmente seguía el método que describe Cicerón. Estaba entrenado a construir un “palacio” mental, una morada en la fantasía con muchas habitaciones.

Tenía que poner un emblema o etiqueta a los pasajes que quería recordar y colocar juntos en una de las habitaciones a varios de esos pasajes, que podían usarse bajo las mismas circunstancias. Dentro de los confines de este palacio, el alumno adquiría la habilidad de correr con agilidad de una habitación a otra. Aprendía a ser expedito en encontrar las sentencias que había preparado para usarlas en los exámenes de la escuela, o bajo interrogatorio cruzado en la corte.

En *De tribus*, Hugo se coloca en la tradición de entrenamiento de la memoria. Sin embargo, el novicio de Hugo es advertido de que no ha de correr de un lado a otro. Su memoria no es entrenada para el ataque y la defensa legal, sino para la penetración contemplativa de la Sagrada Escritura. Aprende a quedarse firme en un solo lugar, como si estuviese en un banco del coro de una catedral gótica, rodeado de varias docenas de marcos multicolores.

Hijo mío, la sabiduría es un tesoro, y tu corazón es el lugar donde has de querer conservarlo (...) hay diferentes escondrijos para el oro, la plata, las gemas. Debes llegar a conocer esos diversos sitios para recoger lo que has escondido en ellos. Debes volverte como el cambista de dinero de la feria cuyas manos rápidamente se mueven de un saquito al otro, encontrando siempre la moneda correcta.

Esta paciente y descansada fijación del aprendiz en el lugar que le corresponde es para Hugo un equivalente a la cimentación de la sabiduría. “La confusión es la madre de la ignorancia y del olvido. La discreción hace brillar a la inteligencia y fortalece a la memoria”. El alumno debe colocar su pie derecho en el comienzo de una línea imaginaria sobre la cual marcará una secuencia de números romanos que correrán hasta el horizonte. Cada uno de estos números discretos, desde 1/2 hasta más allá de XLVIII, servirán entonces al aprendiz como una especie de repisa, sobre la que puede colocar un concepto o un símbolo visual arbitrario que la etiquete. En uno de estos “peldaños” podrá listar todos los ríos que aparecen en la Biblia: los cuatro que fluyen desde el Paraíso, los cuatro que Israel tuvo que cruzar, y los cuatro que riegan la Tierra Santa. En otros

peldaños las virtudes, o los ángeles, o los Apóstoles, pueden encontrar su lugar. Mientas el pie derecho del novicio mantiene a todas las líneas convergiendo, podrá estirarse como su modelo en la feria para recoger lo que ha aprendido.

La tercera obra que quiero examinar es mucho mas amplia, y consta de dos volúmenes. Contiene un juego completo de reglas para la construcción del arca de Noé en el corazón del alumno. No está destinada a los novicios sino a hermanos ya maduros, aunque lo que en su círculo parece darse por supuesto que podían hacer bastaría hoy para que lo tomaran a uno como a un ser estrafalario, digno de un circo. De la misma manera en la que Noé salvó a los animales durante el diluvio, el alumno preservará sus recuerdos en medio de las violentas tormentas del pecaminoso mundo. Hugo describe en detalle como debe ser construida esta Arca: como una caja flotante de varias hileras, con escaleras y escalerillas, almadieros y mástiles. Esta balsa imaginaria sirve a Hugo como un inmenso pizarrón tridimensional. El mástil y el timón, cada parte de cada marco de puerta está presente para él con todo detalle. Y cada uno de estos elementos estructurales ha fijado el recuerdo de una cosa. Toda jugosa delicia que ha recogido en su peregrinaje a través de las páginas de un libro es preservada en un lugar al que puede volver cuando medita en la oscuridad. Con sus alumnos adultos insiste en que el monje ha dejado su abadía en la tierra; que navega a través de la historia con el modelo de la historia —el arca de Noé— flotando en su corazón. Si el arca de Hugo fuese desenrollada como un plano, con las etiquetas de tamaño legible, sería necesario un pergamino del tamaño de un salón de clases para escribir todo lo que colgaba en su estructura.

La memoria muere como el bosque

Repetidamente he tratado de leer estos tres libros a mis alumnos de Penn State. En cada ocasión, uno o dos de ellos, realmente confusos, empezaron a comparar sus propias certidumbres con las de Hugo. Pero la mayor parte se pasó el semestre tratando de evadir la necesidad de enfrentar una

época en la que la gente tenía que recordar todo por sí misma, en vez de dejarle el trabajo a las máquinas. Pertenecen a una generación que acepta no sólo la desaparición de los bosques, sino también de la memoria. Penn State es conocida por su departamento de silvicultura. Un estudiante sugirió una analogía: sí, los bosques se están muriendo. Pero ¿no han muerto desde hace mucho los bosques vírgenes? ¿Por qué no habría de sucederle lo mismo a los bosques mixtos? Se pondrá en práctica el cultivo de árboles y las leyes asegurarán que haya áreas verdes en las granjas. Esto acercará a los niños a la naturaleza mucho más de lo que los riesgosos bosques lo permiten ahora.

Cuando mis alumnos de Penn State abren un libro no emprenden un peregrinaje. En la época de la grabadora se ha hecho difícil convencerlos de aprenderse una lista de fechas. Y son raros aquellos colegas que tuvieron un maestro de retórica para enseñarles la habilidad de recordar. La memoria, para la mayoría, tiene que ver con los programas y los megavattios o con los arquetipos y los sueños. Para ellos, la página como un *pagus* —como una culta extensión de campos y edificios que lo invitan a uno a pasear— es una fantasía romántica, o un escape del inconsciente, no el otro lado de la realidad, como lo es para Hugo. Aún más extraño les parece construir en el corazón un bote salvavidas para la Historia.

No sólo dos juegos de metáforas incomparables, sino dos topologías mentales separan al mundo de Hugo del nuestro. Dos tipos de páginas actúan aquí como espejos, como metáforas, y también como cogeneradores de dos distintos espacios mentales. No conozco mejor modo de clarificar la distancia entre tales espacios mentales heterogéneos que un examen de las respectivas páginas. La distribución de la página puede examinarse como un espejo del *Weltschaung* de la época, pero también como un molde.

Comparación de tres “páginas”

Para mostrar eso quiero comparar no sólo dos sino tres tipos de páginas: la que Hugo se imagina a sí mismo recorriendo, el texto que ha sido fami-

liar a los estudiantes desde el siglo XIII hasta fines del XX, y la sombra electrónica de un archivo documental digitalizado que *Wordperfect* o *Wordstar* me permiten ahora manejar en la pantalla.

Durante las últimas dos décadas la palabra “texto” ha adquirido un nuevo y vago significado en filosofía y ciencia, pero también en el lenguaje ordinario. Puede referirse a un párrafo escrito en inglés, a un programa escrito en Pascal, a una secuencia característica de amino-bases en un gene, o a la secuencia de tonos en la canción de un pájaro. Habiendo sido formado en un régimen mixto de exégesis bíblica y Karl Kraus, Gide y Meucken, me tomó algún tiempo adaptarme, a principios de los sesenta, a los nuevos usos de esta palabra en el lenguaje ordinario. Aún recuerdo como noté por primera vez este derrame del estructuralismo y la biología sobre el significado del texto, allá por la época en que los departamentos de inglés pasaban a formar parte de la “escuela de comunicación”.

En 1970, más por lealtad que por convicción, acepté escribir un prólogo para un libro de un colega. Cuando el editor me envió el producto terminado, me perturbó el hecho de que el “texto” de su ensayo había sido cambiado radicalmente desde que yo había hecho el prólogo. Me molestó esta falta de respeto por la palabra escrita. En una reunión, más de una década después, me encontré de nuevo con el autor. Quise saber lo que hacía entonces. Yo era un invitado de su departamento, y por “hacer” quería decir, desde luego, lo que estaba “escribiendo”. “Cosas fantásticas”, fue su respuesta. “He comprado un procesador de textos y no puede imaginar el tipo de cosas que puede hacer. Metí NUESTRO libro dentro de él y me dió finalmente un texto plenamente satisfactorio”. Ver un texto sin absolutamente ninguna relación con página alguna, no sólo me perturbó, sino me ofendió.

Hasta ese momento no me había dado cuenta de hasta qué grado había ya sacralizado el texto, de lo profundamente comprometido que estaba con su inviolabilidad. Simplemente, no puedo desenredarme de su tejido. A diferencia de Agustín o Hugo, nací en una macroépoca de la historia occidental durante la cual nociones derivadas del texto definen la sociedad, la naturaleza y el ego. No soy un viejo rabino o monje cuyo hogar está en el objeto sagrado, que puede pasear a través del libro como si fue-

se un valle o un desierto. Vivo entre copias, artículos y ediciones críticas.

Soy, de cabo a rabo, un hijo del mundo post-medieval, en el cual todo lo que es percibido tiene fatalmente que ser descrito. Mis ojos no pasean, se clavan en el texto, lo devoran. Digo y oigo el texto que he devorado. En tiempo de Hugo, cuando una vaca cambiaba de manos un juramento coronaba la transacción; con una mano sobre la grupa de la vaca y la otra en la barba o los testículos, la venta era realizada por palabras audibles. Sólo cien años después la transacción resultaría probablemente en una escritura. Lo que la confirmaba no era una acción, sino un objeto que describe al animal y a las dos partes contratantes. El nexos de las cosas a las personas no era ya la posesión juramentada, sino la tenencia certificada. La verdad vino a encarnarse en protocolos.

Ese es el mundo en el que nací. Esto me convierte crecientemente en alguien que fue en un extraño en el nuevo mundo de ese texto sin residencia, que aparece como un fantasma, para ser editado sobre la pantalla.

El fin de lo libresco

George Steiner le ha dado un sobrenombre a la imagen de uno mismo que resulta de nacer en el mundo del texto. Llama a los que así han quedado atrapados, gente "libresca". De acuerdo con Steiner, lo libresco es una singularidad histórica, un clima mental que resulta de una coincidencia única de la técnica, la ideología y la textura social. Depende de la posibilidad de poseer libros, leerlos en silencio, discutirlos en cámaras de eco como las academias, los cafés o los periódicos. Este tipo de relación con el texto ha sido el ideal de las escuelas. Paradójicamente, sin embargo, cuanto más obligatorias se hicieron las escuelas para una mayoría, más reducido se hizo el número de gente que es libresco en el sentido descrito. Para la mayor parte de la gente nacida en el siglo XX, la escuela preparó el advenimiento del texto en la pantalla.

Para Steiner lo libresco viene con lo impreso. Mientras su fenomenología de lo libresco me parece admirable, sostengo que el carácter excep-

cionalmente libresco de la percepción occidental es más antiguo que la técnica de la impresión con caracteres móviles. En mi opinión lo libresco viene a existir cuando el texto sufre una mutación, cuando empieza a flotar sobre la página y, 300 años antes de la imprenta, su sombra puede aparecer, aquí y allí, en este o aquel libro, en el pergamino o en el "alma". Esto sucedió en tiempos de la muerte de Hugo, dos generaciones antes de que se fundasen las universidades. El texto mismo se volvió un pergamino que podía venir a descansar aquí o allí. Se convirtió en un bajel cargado de riquezas que podía anclar en cualquier puerto. Pero no podía ser leído, sus tesoros no podían ser descargados, a menos que atracase en un muelle. Me asombra, aunque no me avergüenza, cuán profundamente he sido marcado por este sentido libresco del texto.

Y ciertamente no estoy solo. Una experiencia casi trivial lo confirma. Viviendo al margen de las instituciones, tuve que prescindir desde hace tiempo de una estenógrafa. Cuando tenía veinte o treinta años parecía obvio que podía llamar a alguien y dictar. De ese modo se hizo mucho de lo escrito desde que ese arte se inventó. Luego vino el dictáfono y, más tarde, la computadora. Los estenógrafos se convirtieron en raros tesoros, las secretarías encarecieron y las mecanógrafas se volvieron meras operadoras de máquinas que manejaban textos, mientras los editores solicitaban discos y ya no aceptaban textos mecanografiados. Para quien no forma parte de la organización se ha vuelto inevitable mecanografiar los propios manuscritos, y esto ha implicado aprender a usar la computadora. Bajo estas circunstancias he tenido la oportunidad de enseñar estas habilidades mínimas a media docena de amigos. Después de todo la computadora trabaja como una máquina de escribir para dedos débiles, a la cual se le añaden algunas funciones. Y la primera que el novato debe aprender es "borre". He observado cómo seis personas, todos ellos cultos lectores, reaccionaban a su primer encuentro con la tecla de borrar: todos se sintieron perturbados, dos hasta se enfermaron. La desaparición de una frase tachada, y la ocupación automática del espacio donde estaba, fue sentida por todos como algo ofensivo. Esta no es la forma en la que olvidamos, aunque la orden "restituya" sea análoga a la forma en que recordábamos. Para una mente libresca hay algo profundamente molesto en la forma en

la que el programador de las órdenes de la máquina se apropia de la terminología de la crítica humanista. Lo que aparece en la pantalla no está escrito. Tiene tan poco de escritura como la “pipa” de Magritte tiene de pipa.

Cuando me siento frente a la pantalla de la computadora contemplo un objeto que está más allá del horizonte establecido por la escritura alfabética. También los jeroglíficos y los códices mayas. Pero, históricamente hablando, estas antigüedades —al igual que las tablas de arcilla de los asirios, los textos de las pirámides y los códices mayas de corteza— están fuera de mi perspectiva interna, están más allá del horizonte que está detrás de mí. Son modelos de puentes hacia el pasado de otra época, tan distantes de mi texto como el puente George Washington lo está de los puentes de lianas de los incas. Lo que yo enfrento, lo que tengo delante de mí, es un torrente de programas de computación que me entrenan a seleccionar, recuperar, bloquear, insertar, borrar, guardar, restaurar, mezclar, soltar y lanzarme dentro de archivos que no están ni presentes ni ausentes. Y un cierto número de horas frente a la pantalla tiene un efecto sobre mí. A mis ojos les toma un rato readaptarse a las paredes de adobe y las vigas del techo. Requiere un esfuerzo abandonar el juego de herramientas cibernéticas que he tenido que usar para transferir mi manuscrito a un archivo de computadora.

Recordar significa dejar que las cosas aparezcan, que emerjan de la superficie del agua, permitirles salir de la bruma. También significa volverse y mirar hacia atrás con ojos melancólicos, aguzando el oído para pescar una tonada que se ha vuelto casi inaudible. Significa levantar a los muertos conjurando sus sombras. Todas estas metáforas funcionan cuando he olvidado lo que quiero recuperar. Pero no es esto lo que hago como historiador de la página. Mi intención es recuperar una forma anterior de preteridad. Quiero recuperar la página que aparecía ante Hugo de San Victor. Quiero lograr cierta comprensión sobre el modelo en el cual la página traía el pasado ante él. Su memoria, y no lo que la memoria se ha vuelto en la época de las computadoras, es el tema de mi investigación. Y para acercarme a ese tema necesito una disciplina que me mantenga alerta sobre mi propio modo de mirar, mientras interpreto sus escritos sobre el *ars legendi*.

El cangrejo de Kuchenbuch

En la búsqueda de la disciplina historiográfica que recobra el pasado sin olvidar nunca su distancia del presente, Ludolf Kuchenbuch ha encontrado una parábola. Habla de historiografía a través de los ojos de un cangrejo. La mayoría de los animales huyen dándose la vuelta y mirando hacia adelante. El cangrejo se mueve hacia atrás, mientras sus ojos saltones permanecen fijos en el objeto del que huyen. La pantalla es mi imagen para el presente. Las escrituras fenicia, hebrea, cuneiforme y jeroglífica están allá atrás, fuera de mi alcance. Quiero explorar lo que sucede si empiezo a moverme hacia atrás, con los ojos fijos en el presente. Y, durante una primera etapa de un tal movimiento a ciegas hacia el pasado, lo que veo interponerse entre mí y la pantalla son cosas que recuerdo de mi propia experiencia anterior.

Conforme retrocedo de la pantalla a la que mis ojos permanecen pegados, la primera parada que hago es en Cornell. No puedo olvidar la fecha: la noche en que mataron al Che Guevara. Estaba allí para estudiar los archivos de Myron Stykos, quien —con una gran subvención de la fundación Ford— había reunido miles de artículos latinoamericanos sobre el control de la natalidad. Quería clasificar las razones por las cuales la gente lo aprobaba o no. Yo quería usar los mismos materiales para averiguar lo que significaba la espiral, la píldora y el condón. Con sus recursos económicos Stykos había podido usar la computadora desde entonces. Durante toda una noche la reprogramé para mis propios fines, abusando de mis limitados conocimientos de Fortram. Este era mi primer encuentro con la máquina. Si ahora recuerdo la noche sin dormir, solo en el laboratorio, y las conversaciones posteriores con los ingenieros, una cosa resulta con claridad: entonces, hace veinticinco años, cualquier cosa parecida al procesador de palabras que hoy doy por descontado no era una utopía, pero desde luego no era algo que se viera venir comúnmente. Sin duda, la teoría de la información había empezado a empapar la plática cotidiana. El análisis sistémico había empezado a penetrar las ciencias duras y las sociales. La terminología cibernética se había puesto de moda en la aca-

demia. Pero, en los periódicos, cualquier uso de estos nuevos términos resultaba francamente críptico si no se daba una explicación.

Si me hubiese levantado de la computadora, dado la vuelta y, en la memoria, caminado hacia los sesenta, casi inevitablemente había conservado esos lentes especiales que uso para pasar mi manuscrito en Wordperfect. Habría pasado a través de los libros que he leído desde entonces, desde Penrose o Moravec, o tanto los últimos como los primeros escritos de Chomsky, y a los primeros encuentros con Forster o sus alumnos Varela o Maturana. Habría enfocado mi atención en cómo llegué lentamente a ver las cosas como ahora las veo. Hubiera juntado materiales para la socio-génesis de mis actuales conceptos y percepciones. Pero, al moverme hacia atrás como un cangrejo, mi atención principal es atraída hacia cómo mi mundo era entonces. Mi disciplina consiste en recordar la sorpresa cuando sus elementos eran quebrantados o disueltos. Trato de no ver un momento del pasado con visión del futuro, sino conocer el presente con la visión retrospectiva del cangrejo. A mediados de los sesenta el texto, aunque ya no era libresco, estaba todavía esencialmente relacionado al papel y la impresión.

Si me muevo alrededor de diez años más atrás, hacia fines de los cincuenta, la pantalla no se ve por ningún sitio. Sólo un pálido reflejo sobre mi horizonte mental indica la computadora de la que me he ido alejando hacia atrás. En la universidad nadie pensaba con seriedad en un departamento de comunicación. Recuerdo una noche con un visitante biólogo en un restaurante de mariscos en la costa sur de Puerto Rico. Aquellos colegas habían venido a una conferencia sobre genética y hablaban sobre la información que estaba codificada textualmente en los genes. Entendí lo que querían decir: las analogías entre cordones de mensajes y variaciones biológicas eran impresionantes. Pero había desde el principio algo extraño para un medievalista: ¿Hablaban realmente de un texto submicroscópico en el libro de la naturaleza? ¿A quién se dirigía este fantasmagórico texto? Me tomó años asimilar la incomodidad que me causaba el tener que aceptar esta nueva metáfora. Era obvio que esos biólogos usaban “texto” para describir una secuencia de caracteres que nadie había escrito, que no estaban destinados a significar nada para nadie, y que nadie estaba desti-

nado a interpretar. Hablaban de “escribir” y “leer” como de funciones realizadas por cosas y no por personas.

Cuando reflexiono sobre estas dos primeras paradas en la jornada que realizo arrastrándome como cangrejo a través de los paisajes de la inocencia perdida, me siento tentado a parar nuevamente en otra estación: mi primer encuentro con la idea de que el lenguaje puede ser estudiado como un código. Recordando mis propios marcos mentales a fines de los cuarenta y mis colegas de los suyos, tendrían suficiente distancia del presente para describir y analizar el abismo entre el espacio mental de entonces y el de ahora. Si hiciese esto, mi atención principal sería atraída hacia la forma en la cual la existencia del nuevo uso del texto ha afectado la mentalidad popular más que al discurso técnico o científico. El impacto simbólico de cosas sugerentes (como “la” computadora) que actúan como símbolo sagrado, y el impacto simbólico de palabras que conjuran (como “el” texto) atraería mi principal interés. Pero en este momento sólo quiero crear el talante adecuado para ese análisis. Quiero lograr esto yendo hacia atrás, hacia un pasado bastante lejano, en el cual una nueva tecnología tuvo un afecto vagamente similar. Al señalar las grandes dificultades enfrentadas por el historiador al interpretar la transformación de la página en el 1200 después de Cristo espero reavivar el ánimo de aquellos que se ocupan del pasado reciente. Para arrojar alguna luz sobre lo que veo como el fin de la era de la lectura libresca, quiero mirar a su principio y, nuevamente como un cangrejo, moverme hacia atrás a la época inmediatamente anterior a que la universidad viniera a existir.

Walter Benjamin ha inventado la seductora imagen del “Ángel de la Historia”. Mira hacia atrás y enfrenta el ventarrón del tiempo que lo empuja hasta el presente. Y ante los ojos inmutables de este ángel se extienden los despojos del tiempo. Como cangrejo, yo me muevo en la dirección exactamente opuesta. Mientras el presente del que vengo permanece estable delante de mí, mis certidumbres desaparecen una tras otra del paisaje a través del cual viajo hacia atrás. Hacia la época en que los atrios románicos eran reemplazados por los portales góticos mi espalda choca con una puerta que se abre conforme la atravieso y me paro. Este es el momento que Richard Southern llama el parteaguas hacia los tiempos eu-

ropeos o modernos, pero que yo prefiero ver como aquel en que se vuelve una página. De hecho quisiera imaginar que la puerta que mi grupa de cangrejo ha movido es una página de manuscrito; así puedo continuar con mis fantasías. En el claustro románico en el que me he parado puedo ver dos objetos frente a mí: la puerta que se ha abierto hacia adentro y junto a ella muchas otras páginas de una época anterior. Y a través de la apertura todavía puedo ver, allá muy lejos, el destello de la luz de neón. Manteniéndome con mucha disciplina en la postura del cangrejo, sigo viendo los dos "textos" que he dejado atrás mientras examino la página de Hugo que corresponde a la época a la que he llegado. Esta disciplina puede contribuir a mantener la distancia entre las categorías electrónica y libresca, de la del texto que estoy ahora examinando.

El libro de Hugo comienza con la frase de que la lectura es una búsqueda, una especie de peregrinaje. Busca luz que ilumine sus ojos. Cuando lo leo, puedo verlo en el coro, esperando pacientemente a que el amanecer revele las escenas de los vitrales.

La palabra aún iluminaba; cada una tiene su propia luminosidad, como las figuras en los manuscritos de la época pintados sobre dorado. La luz pintada, que en la época de la imprenta empieza a caer sobre las figuras de los artistas del Renacimiento, no es de su tiempo. Aquino, en el siglo XIII, ya puede concebirla, cuando habla de *lumen formale sub quo* como algo que podríamos llamar la "perspectiva de una disciplina". Pero Hugo lo que desea es implantar en los corazones de sus alumnos palabras que enciendan el ser. Quiere que sus estudiantes memoricen tesoros que, cuando se colocan donde les corresponde, pueden ser entretejidos en la textura de la historia. Cuando han sido bien memorizados se iluminan mutuamente en las analogías de su significado.

En el Arca de Noé encontró su cubículo todo aquello que sobrevivió a la ira del creador contra una raza humana que se mezclaba con los gigantes. Por tanto, el libro puede ser visto como un Arca. Y el corazón puede contener un libro. El siglo XII es rico en formas de inculcar esta noción. Debemos cuidar lo que dejamos entrar al corazón, para evitar que se manche. Antes de usar el pincel, la superficie del corazón ha de ablandarse para que la tinta embeba la substancia. Nadie había de poder borrar ta-

les trazos. Habrían de quedar tan firmes como el pergamino sobre el cual la pluma-estilete no puede sacar lo que ha sido escrito sin hacer un agujero. Los colores debían pintarse con varias manos de pintura, y pulirse para hacerlos relucir.

Arca significa tanto barco como cofre. Es un bajel tanto para objetos como para palabras. El libro externo es casi insípido² *nisi glossa sumat ex corde*, a menos que tome su sonido (o, como se puede traducir igual de correctamente, su lengua) del corazón. Lo que Hugo recoge en su camino, a través de las líneas escritas, puede ser escuchado por su oído y saboreado por su boca. Sus labios hacen surgir el sonido de las páginas³ como si fuesen las cuerdas de una lira. En los escritos de Hugo la estricta frontera entre las palabras y las cosas que algunos de sus contemporáneos tratan de trazar es aún muy borrosa. Lee oralmente, describiendo la sensación que esto deja en sus labios y su lengua: una dulzura más dulce que la miel.⁴ Hugo está situado al final de una tradición de lectura en el murmullo, la meditación, degustativa y auditiva, que fue iniciada por los padres de la Iglesia, especialmente por Agustín. Sería un grave error confundir la memoria cultivada por esta lectura monacal, litúrgica, con aquella memoria clásica promovida por los profesores de retórica romana que preparaba a los políticos y los abogados, entrenándolos para usar palabras en arengas y discusiones. Sólo cuando la memoria medieval es entendida en contraste con los preceptos ciceronianos podrá entenderse adecuadamente su desaparición, alrededor del año 1200.

Hugo es el primer autor que conozco que mira más allá de su propia época de lectura; distingue tres tipos de lectura, esto es: para mis propios oídos, para los de los que me escuchan y aquella que se hace mediante la contemplación silenciosa de la página. Cómo realizaba este tercer tipo de lectura sigue siendo un misterio para mí, cuando permanezco sentado como un cangrejo, mirando tanto hacia la página del siglo siguiente, el

² *Modicum sapita est lectio, nisi glossam sumat ex corde.*

³ *Voces paginarum.*

⁴ *Ohly.*

XIII, que se ha abierto para mí como una puerta en la línea de mi vista, como a aquellas páginas que fueron escritas antes de la muerte de Hugo en 1142. La página de la temprana y la alta Edad Media no fue escrita para ser captada meramente mirándola. Requiere de un desciframiento "cinestésico". Las glosas invaden el espacio entre las líneas. Una página se parece a la siguiente. Los párrafos son poco frecuentes. Los títulos ayudan poco. Se puede volver al mismo sitio físico donde la frase que se recuerda se encontrará en ese manuscrito en particular. Pero las técnicas de los escribas no hacen casi nada para ayudar a nuestra orientación visual dentro de un "texto". No puedo evitar imaginarme que la página que Hugo contemplaba en silencio era un arca que navegaba en su corazón, más que un objeto que tenía delante de sus ojos externos. Sabía a cuál de sus cuartos dirigirse, al dintel de qué puerta mirar para encontrar la frase que había puesto allí.

Esto es completamente diferente cuando miro una página cien años más joven. La página se ha convertido en el soporte de un texto gráficamente articulado. Ya no es un lugar donde se almacenan objetos, ni un espalier por donde crecen las viñas. Hacia adentro de la puerta encuentro en esta página cuidadosamente articulada numerosas diferencias: párrafos, muescas, numeración de los argumentos *ad primicum ... ad quintum*; el espacio entre las líneas ha sido limpiado de glosas. Estrellas o adornos de flores refieren al lugar al que corresponde la glosa. El texto principal está escrito en caracteres más grandes. El escriba tiene que haber calculado cuidadosamente qué porción de ese texto cabe en cada página, de modo que quepan también las correspondientes notas. El rojo de mercurio es utilizado para marcar las citas y distinguirlas de las palabras del propio autor. En la primera página encuentro un índice de contenido que refiere al número de capítulo o incluso al de verso. Los títulos y subtítulos atraen la mirada. Puede haber incluso un índice al final del libro que lista, no sólo los nombres sino las cosas, en orden alfabético. Pero también tenemos que tener en cuenta cuán nuevo era el acceso aleatorio para una sociedad en la cual la lectura era siempre un peregrinaje, un camino que serpenteaba de un sitio a otro. Cuanto más contemplo una página junto a la otra, más claramente veo ahí la aparición de algo visible: de una textu-

ra verbal fijada por la escritura para ser captada de un vistazo. El texto puede ser ahora visualizado, imaginado, concebido como algo que tiene existencia real aparte de su encarnación entre éstas u otras cubiertas.

Moviéndome al revés que el ángel de la Historia he llegado al punto en el que nació el texto. La idea del texto es algo comparable a la idea del alfabeto. Una vez que el alfabeto había sido inventado, estaba allí, como una de esas cosas que una vez que han nacido, están ya maduras —como la rueda, las riendas de los caballos, o el timón que se coloca en el eje del barco. No se las puede mejorar significativamente, pero pueden usarse de formas enteramente inesperadas. Esto es lo que sucedió a las letras cuando se volvieron el material del cual se hizo el texto visualizado. Y desde que el texto se desprendió de la página, se ha mantenido como una poderosa metáfora. Y tal como las letras eran el material del cual se hizo entonces la nueva entidad, así el texto se ha convertido en el material del cual ahora se deriva un conjunto de conceptos enteramente nuevo.

En la física, Max Plank revivió la metáfora del mundo como un libro y del científico como un lector de la naturaleza. Comparó al físico con el arqueólogo que trataba de encontrar el sentido de las trazas dejadas por culturas totalmente ajenas, libre tanto de la intención de revelar, como del deseo de ocultar algo al lector. El primero en usar la escritura no como metáfora sino como analogía explicativa fue también un físico, el emigrante judío Erwin Schrodinger. Sugirió desde Dublín, en 1943, que la substancia genética podía ser mejor entendida como un texto estable cuyas variaciones ocasionales tenían que ser interpretadas como variaciones textuales. Como físico, Schrodinger se salió completamente de su campo al formular este método biológico varios meses antes de que Avery demostrara por primera vez que los genomas podrían ser “insertados” en las bacterias, casi como una glosa que se desliza en el manuscrito de un texto principal. Para Schrodinger, cada individuo que llegaba a la existencia en el momento de la fertilización podía compararse a un texto original.

Con Schrodinger la idea del texto quedó al menos igual de profundamente afectada como en la revolución generada por los escribas alrededor de 1200. Trajo a la existencia algo nuevo: el texto concebido como un programa burocrático, sin significación ni sentido, que actúa como deter-

minante para la organización de un proceso. El primero en entender las extraordinarias consecuencias semánticas de esta reformulación del texto, como una orden sin autor y sin estar destinado a ser dotado de significación en el acto de la lectura, fue Erwin Chargaff. Al celebrar un siglo de la primera vez que Miescher logró aislar los ácidos nucleicos en 1869, Chargaff, que era biólogo, dice que leyendo a Schrodinger (¡y recordando la gramática del asentimiento de Newman!) a la luz de los experimentos de Avery “pude ver ante mí, aunque obscuramente, en rasgos muy gruesos, una ‘gramática’ de la biología”. Chargaff entendió que transformar el modelo ilustrativo de Schrodinger en un modelo explicativo de sólo cuatro “bases” —más que de una gran variedad de elementos— sería suficiente para codificar la variabilidad de la naturaleza viviente. Más allá, fue también Chargaff quien me hizo entender las dos grandes consecuencias simbólicas del nuevo lenguaje de la biología. La primera, la de que el ideal de la alfabetización universal está anclado en la habilidad de las moléculas orgánicas para “leerse” las unas a las otras. Segunda, que de ahí en adelante el progreso consistirá en que el hombre reescriba el libro de la naturaleza.

Con este comentario he traspasado de un salto la puerta abierta que separa la página románica de la gótica, para caer de nuevo enfrente de mi computadora.

